

consejos. Alguna vez que otra, al fin de la carta, que parecía la de un veterinario, solía encontrarse Roberto cuatro ó cinco líneas furtivamente escritas, que contenían cariñosas frases, trazadas por la mano de Enriqueta; frases que alegraban el corazón de nuestro joven.—«Se es menos desgraciado (decía), aun hallándose en un desierto, cuando se sabe que una persona querida, por lejos que esté, repite con sus amados labios el nombre de uno.»

Veía entonces en su imaginación al tío; los campos, con sus árboles cargados de frutos; la pequeña casa en el centro, en cuyo rededor había hecho correr muchas veces á su perro favorito, jugando con él; la cuadra en que relinchaba el caballo, y todos aquellos rincones y rinconcitos, en fin, que tantas veces había visitado durante las vacaciones del colegio, de los que conservaba un recuerdo tan grato, que no se borraría jamás de su memoria, y que creía estar viendo ahora en realidad.

—Cuando los funestos desengaños de la vida lleguen, allí será adonde yo vaya á reposar. ¡Es tan bueno el silencio para los desengañados!....

III.

Llegado el miércoles, Roberto se hizo anunciar en casa de la señora de Gèvres, encontrando allí un gran número de caballeros más retraídos de lo que él se figuraba. Vivía en el *boulevard Poissonnière*, en el segundo piso de una casa de buena apariencia. No tenía su casa, ó su cuarto mejor dicho, lujosamente amueblado; pero se notaba en todos sus detalles la elegancia y el gusto. El mobiliario era modesto, y estaba arreglado con gran arte, formando con él raro contraste los antiguos retratos de familia.

Roberto entró en un salón adornado de blanco con filetes de oro, que era el salón de las recepciones, de nueva arquitectura, en donde una pequeña araña, llena de bujías, alumbraba á una docena de personas á lo sumo, sentadas en sillones á lo Luis XV de madera dorada. La alfombra, de color claro, hacía resaltar de una manera excesiva los trajes negros y los de colores chillones. En el fondo de aquel saloncito había un piano, cuyas bujías proyectaban su luz sobre el taburete vacío y sobre la partitura, que, colocada en el atril, anunciaba la próxima ejecución.

Se dirigió á saludar á la señora de la casa, que le dió las gracias con una sonrisa, y después fué á sentarse al lado del señor Lehardy, que interrumpió una importante conversación para darle la mano. El joven miró entonces á la señora de Gèvres, que llevaba un vestido de terciopelo negro, largò, recogido con mucha elegancia por detrás; no llevaba ninguna alhaja, y sí una sola flor, que, colocada como al descuido ó por casualidad, adornaba sus cabellos. Aquella *toilette* hacía resaltar más la blancura de su rostro y de sus manos, que parecían de armiño. Sus rubios cabellos, al recibir el reflejo de las luces, brillaban como hilos de oro.

Si Roberto miraba, también era mirado: el señor Lehardy contaba á un caballero grueso, que lucía una condecoración extranjera, que *su señor hijo* había hecho grandes progresos en sus estudios, y unos brillantes exámenes, gracias á aquel joven, y la señora Lehardy satisfacía las curiosas preguntas de algunas señoras, dándoles pormenores acerca de él. Á este salón concurría un corto número de personas, todas de confianza; dos ó tres caballeros de alguna edad, que parecieron á Roberto hombres políticos en la oposición, y algunas señoras.

La señora de Gèvres, muy entusiasmada, le hizo los honores de la casa como nuevo en

la reunión, tratándole con cierta deferencia, aunque teniendo cuidado de no molestar con sus atenciones hacia el recién llegado á los antiguos tertulios. Roberto estaba confuso y muy satisfecho á la vez. Le fué precisa una gran fuerza de voluntad parano dejar traslucir su interior alegría. Llegó el momento de acercarse al piano, y aprovechó esta ocasión para contemplar á su gusto á la señora de Gèvres, no ya con objeto de estudiar en ella los detalles de su hermosura, sino con el de escudriñar en su mirada y sonrisa el estado de su corazón para con él.

—En verdad, amigo Burat (dijo el señor Lehardy, inclinándose hacia Roberto), que no prestáis atención á la música.... ¿Es que no os gusta?

Roberto, saliendo de su distracción, dejó de pensar en la señora de Gèvres, y se fijó en la joven de diez y seis años que cantaba sin estilo, haciendo al propio tiempo desagradables movimientos.

—Soy músico como todo el mundo (dijo Roberto en voz baja); pero no me gusta más que la verdadera música; una sinfonía de Beethoven ejecutada al piano por una colegiala, me hace el efecto de un león al que se quisiera hacer entrar en una jaula de pollos, para lo cual sería preciso destrozarlo antes. Además,

ya conocéis lo sombrío de mi carácter, mi mal humor, y luego, que no me gusta oír cantar dando celos á los maridos á jóvenes que no conocen más que la palabra de marido, sin saber si llegarán siquiera á tenerlo. ¿Sabéis el título de la canción que acaba de cantar esa Isabel de diez y seis años?

—*¡Los celos!*

—¡Ay! Antes de enseñarle lo que son los celos, ¿por qué no la enseñaron lo que es el trabajo y la virtud?

—Vais á comprometerme (dijo en voz baja la señora de la casa, que había escuchado la conversación). ¡Qué purista sois, Dios mío!

Roberto la contestó que callaría. Habían servido el te. La señora de Gèvres sirvió por sí misma á sus convidados. Es el momento en que las conversaciones se hacen más generales. Se formaron dos grupos bien distintos entre sí por sus conversaciones.

El caballero condecorado que estaba antes cerca del señor Lehardy, desmenuzó con acierto y en pocas palabras los actos de un gobierno que había defendido con constante afán; los elogios brotaban de sus labios con tanta profusión como cae el granizo en una granizada fuerte. Su condecoración daba fuerza triunfal á su discurso, oyéndose á su alrededor murmullos verdaderamente lisonjeros.

Roberto, inclinándose hacia la señora de Gèvres, le preguntó quién era el caballero que hablaba.

—Es un resto de la Cámara del primer Imperio que la Restauración ha sabido atraerse, y que no ha creído por su parte deber rechazar las barricadas de 1830. El gobierno de Luis Felipe no se ha mostrado menos atento con él que el Imperio y los Borbones. Y he ahí cómo este inamovible diputado ha llegado á sentarse en la Cámara de los Pares.

Roberto le oía entonar, no sin cierta irritación, cánticos á la política *camaleonista*. No le disgustaba, sin embargo, el poder estudiar de cerca á uno de esos políticos cuyo nombre se oye repetir todos los días y á todas horas, y penetrarse, si era posible, de sus pensamientos íntimos. Le entraron muchos deseos de replicar á la pesada apología de los hechos que hacía aquel caballero.

La señora de Gèvres, viéndole dejar precipitadamente la taza del te sobre el platillo, y aproximarse al círculo en que el orador seguía sus explicaciones, se acercó á él, y apoyando ligeramente su mano sobre su brazo, le dijo con una sonrisa que hacía de una orden una súplica:

—¡Dejadle hablar!

Roberto enrojeció al verse adivinado de tal

modo, y se fué á la chimenea, adonde se dirigió también ella.

—¿Sois un demócrata á lo que veo?

—He sufrido mucho, y he visto sufrir mucho,—le contestó el joven.

—Entonces, que seáis caritativo es bien natural; ¡pero demócrata!... No nos entendremos nunca *sobre este capítulo*.

—¡Soy loco!...—pensó.

La señora de Gèvres, que se había alejado, hablaba y reía alegremente con otras dos ó tres, y Roberto creyó que se reían de él y de su democracia, que había dejado traslucir inconscientemente.

Como si ella hubiera comprendido lo que pasaba por Roberto, volvió de nuevo á su lado.

—Os ruego que me dispenséis (le dijo); tengo que ocuparme de todo el mundo, como general en jefe.

Se había equivocado. No era de él de quien se reían. ¿Y por qué habían de reirse de él? Y luego, que la señora de Gèvres estuvo con él tan delicada y atenta como antes, lo cual acabó por convencerle de su error. El Sr. Lehardy, que lo había observado todo, se acercó á Roberto, y le dijo en voz baja:

—¡Caramba, amigo mío; me parece que no os arregláis mal!

Roberto salió de aquella casa ebrio de ale-

gría, pero con una embriaguez continuada, inmensa, profunda. Se fué á pie hasta la calle de Correos, repasando en su interior hasta el menor detalle de aquella noche, cerrando los ojos para contemplar á la señora de Gèvres allí, delante de él, con su preciosa mano apoyada en su brazo, y pareciéndole sentir aún el contacto de sus dedos al servirle la taza de te. Al darle el azúcar se había inclinado ligeramente hacia él, permitiéndole ver de cerca sus perfumados cabellos, que le deleitaron por un instante, y aquella nuca, que parecía más hermosa, al reflejo de la luz de las bujías, por el realce que le daba el terciopelo negro que rodeaba su cuello. Gracia, encanto, perfume; todo esto se le había subido á la cabeza, causándole una especie de vértigo enloquecedor. Pero á medida que se acercaba más á su casa, todo parecía huir delante de él. Una especie de sombra envolvía aquellos recuerdos de hechos tan recientes, dejándole el corazón entristecido. «Todo ello, ¿qué significa? (se preguntaba.) Cualquiera que hubiera estado en mi caso, recibiría de ella iguales atenciones al presentarse en su casa por primera vez. En adelante, me dejará sentar dondequiera y obrar á mi gusto, hablando ó callando, ú ocuparme de política como el disertante de esta noche. ¡Qué inocente he sido dejándome coger, yo, tan ex-

perimentado en materia de afecciones, y habiendo visto prodigar tesoros de ternura que no existían en realidad! Y, sin embargo, si yo fuera de esos que se contentan con poco, sería dichoso volviéndola á ver, hablándola é impresionándome por sus encantos, respirando su aliento, como se respira el aroma de una hermosa flor. Pero, ¿qué es una palabra, una mirada, una sonrisa, y aun una promesa, para el que entrega todo su corazón? Si llegara á amarla, que no lo creo, desearía que ella me entregara su vida y su alma entera. Los celos de los románticos no tienen consecuencias; pero lo que sí las tiene, lo que es trágico, son los celos del hombre que ama con todo su corazón y entrega su alma y su vida á la mujer que adora, al verse despreciado ó engañado por ésta.... ¡Ah, qué celoso sería yo!....»

Atravesaba el Sena, y las líneas regulares de las luces, reflejando sobre el agua, se agitaban, alargándose con el movimiento de ésta. Se veían en la sombra puntos luminosos que causaban cierto temor al pasar por debajo de los arcos. Vió pasar á su lado á una graciosa joven, cogida del brazo, al parecer, de su amante, que iba muy pegado á ella, y al que ella repetía, mirándole como apasionado: «¡Cuánto te amo!»

Roberto se volvió instintivamente; la luz

del gas alumbraba la fisonomía de la joven, que se volvió á su vez á mirar á Roberto.

— ¡He ahí lo que se llama amor! ¡Á cuántos habrá dicho esa misma las mismas palabras y con el mismo acento! ¡Esa ama al que se deja amar; á mí mismo, por ejemplo, si la siguiera! ¡Todas son iguales! Pero, ¡quién sabe!: puede ser que alguna quede presa en sus propias redes.

Llegó á su casa muy abatido, triste y de mal humor, embebido en sus pensamientos y haciendo recaer todos éstos en la señora de Gèvres. Se recriminaba al recordar la alegría que había experimentado en su casa. —«¡Soy un estúpido (se decía). ¡Ah! Si fuera tan inocente que la amara, sería el más desgraciado de los hombres, porque ella no me correspondería jamás! ¿Y por qué no me había de amar?...»

Cogió entonces los trabajos empezados que tenía esparcidos sobre la mesa, los leyó repetidas veces sin darse cuenta de ello, quedándose después absorto. De pronto, y como si hablara con alguien, dijo:

—Lo mejor es encerrarme en mi pobre vivienda. Tengo calentura, y no estoy para ver ni hablar á nadie. Trabajaré. Cuando se tiene esa virtud que se llama ambición, me parece que debe uno tener energía para alimentarla.

Cuando á la noche siguiente recibió una carta del señor Thévenin, invitándole á almorzar con él al otro día, se extrañó mucho. No creía haber penetrado en el corazón de aquel hombre, tan frío en apariencia y tan poco comunicativo. Pero Thévenin sentía por él una verdadera amistad. Había estudiado su carácter bastante bien, y le conocía.

«No pueden comprenderse bien dos personas, según yo creo, hasta que no han compartido el pan y la sal. No os ofrezco un banquete. Venid mañana: hablaremos de un proyecto que tengo; quizá nos convenga á ambos realizarlo.»

—¡Un proyecto!

«Veréis: se trata de colaboración en un trabajo que creo útil, y que no podré hacerlo yo solo sino con grandes dificultades. La tarea es dura; vos sois joven, y podréis soportar vuestra parte.»

—Acepto de antemano,—dijo Roberto.

Pedro Thévenin no era rico; pero su modesta renta, colocada en el Banco Nacional, y que ascendía todo lo más á mil ochocientos francos, era lo suficiente para atender á las más perentorias necesidades de la vida. No tenía pasión ni vicio alguno; ni fumaba, ni entraba nunca en un café. Aquel robusto hombre era sobrio como un árabe, y económico como un holandés. Había resuelto el problema de

sentirse sin necesidades en medio de las privaciones. Su vivienda se componía de tres departamentos: una antesala que utilizaba para colocar periódicos y libros que no usaba; la sala de trabajo, en la que tenía una vieja biblioteca más lujosa que el resto de los muebles, una mesa cargada de papeles, y algunas sillas; y, finalmente, un cuarto muy estrecho, que recibía la luz por una ventana que daba al jardín de un convento. Aquella ventana era un gran consuelo para el señor Thévenin. Cuando estaba triste, se asomaba á ella, se distraía con las ondulaciones de los árboles movidos por el viento, y respirando aquel ambiente puro, desaparecía su tristeza. En el gabinete de trabajo era donde la sirvienta preparaba la mesa para comer dos veces al día. Roberto encontró el cubierto, marcándole el sitio que debía ocupar. Echó una mirada á su alrededor, mirada escudriñadora de todo el que se encuentra en lo desconocido. La habitación estaba en buen orden, los libros en la biblioteca, los papeles sobre la mesa; no había ningún cuadro en la habitación; en la chimenea, entre dos candelabros de forma espiral y de hierro colado, como se ven únicamente en los pueblos pequeños, estaba colocado un busto de Descartes en mármol blanco. Pedro Thévenin, en medio de aquellos libros y papeles, con

la cabeza desnuda, envuelto en una bata de vivos colores y con una raída corbata rodeada al cuello, parecía estar en su centro. Roberto, sin querer, permaneció contemplándole algunos instantes, como admirado y absorto.

—Aquí tenéis mi tugurio (dijo Thévenin sonriéndose); y ya véis que podía ser aún peor. Gracias á esos libros esparcidos acá y allá, esta pobre vivienda se hace comfortable. Poned una biblioteca en una caverna, y estad seguro de que la caverna será habitable.

Roberto leyó de un vistazo los títulos de todos los libros. La generalidad de ellos eran tratados de política, filosofía, la colección de autores latinos, y una gran parte de la historia moderna.

—¡Biblioteca de pensador! —dijo Roberto.

—Biblioteca de rebuscador, —contestó Thévenin.

Se pusieron á la mesa, y Roberto hizo honor al anfitrión. Empezaron por hablar de su primer encuentro y del gabinete de lectura, de las primeras palabras que se cruzaron entre ellos, y de la mutua simpatía que se habían inspirado; después, la conversación fué poco á poco más íntima, hasta que llegó al punto preciso en que comienza la confianza, que era, entre estos dos hombres cuyo corazón

estaba lacerado, el punto sensible, el *non plus ultra* de la curiosidad. Se callaron instintivamente casi al mismo tiempo; permanecieron pensativos uno y otro, comprendiendo ambos que cualquiera pregunta después de haber llegado hasta allí, había de ser dolorosa. Thévenin fué el que pareció provocarla; reconcentró sus ideas, y mirando un momento á Burat, con tono en que la simpatía borraba lo que pudiera tener de indiscreto:

—En verdad (le dijo), que razonáis á los veinticuatro años como si tuvierais mi edad y mi experiencia de la vida.

—Mis veinticuatro años (le contestó Roberto sonriéndose), son años de campaña, que, como sabéis, se cuentan dobles.

—En ese caso, ya hace mucho tiempo que habré pasado de la decrepitud, porque yo no he hecho campaña sin recibir heridas....

—¿Habéis sido profesor?

—Durante diez años.

—¿Y os habrán obligado sin duda á presentar vuestra dimisión?

—¿Á mí? No. Me retiré espontáneamente. Tenía necesidad de reposo.

Pareció querer comenzar una palabra, y se arrepintió de ello. Roberto, á su vez, se arrepintió de su pregunta. El silencio se hizo penoso. Thévenin, mordiéndose el bigote, dió un

golpe sobre la mesa, con el cuchillo, poniéndose muy pálido.

—Y, en resumen (dijo mirando cara á cara á su amigo), ¿por qué no os lo he de contar todo á vos? Cuando se quiere intimar, es preciso conocerse; y, después de todo, no tengo nada de que reprocharme.

—Esto no es una confesión (continuó); es una historia, y no seré pesado. Esta historia es vanal en su terrible verdad. Me casé á los treinta y tres años. Era muy desgraciado, y sufría, y sufría tanto, que, á pesar de mi natural robustez, no tuve fuerza para continuar en el desempeño de mi profesión, y renuncié á ella. Y, en efecto, he hallado el consuelo que buscaba. La reflexión ha imperado, y las amarguras se han convertido en resignación. Conservo, afortunadamente, intacto el amor á las cosas sagradas, y como ni el tiempo ni la ocasión me han dado lugar á otra cosa, he esperado y espero con resignación, como veis. Heredé una casita de mi madre en Soissons; con la venta de ésta he podido asegurar mi subsistencia. Y el filósofo ha vivido. ¡No os molestaré con detalles que conocéis como yo!

—¡Sí, como vos!—exclamó Roberto, brillando sus ojos por el recuerdo de su padre.

Tocó á éste contar su historia, y lo hizo con la tristeza y amargura que acibaraban su

alma. Se lo contó todo, recalcando más y más cada episodio, retrocediendo bruscamente al referir el del colegio de Enrique IV, que le recordaba á su madre.

—Hay que perdonar las flaquezas de la vida. ¡Qué vais á hacerle!—dijo Thévenin.

—¿Habéis perdonado vos?

—¡Por qué no! Y vos, que sois tan bueno, haréis lo mismo. ¿No es verdad?

—¡No respondo de ello!—dijo Roberto, con tono sombrío.

—¡Ah, pobre amigo mío! (dijo con un amargo suspiro.) ¡Cuando uno ama!...

—¿Es decir, que la amabais?

—¡Con toda la fuerza de mi alma, como un loco!

—¿No es uno correspondido cuando ama profundamente?—preguntó Roberto, pensando en la señora de Gèvres.

—¡Acaso no haya yo sabido hacerme amar! ¡Lás mujeres son unos seres muy extraños! Quizá fuera yo demasiado benévolo; pero volvería á ser el mismo, si preciso fuera; lo que está en el organismo, no puede cambiarse. No quisiera que experimentarais la amargura que causa el recuerdo: que aunque tratéis de olvidarlo, persiste y se fija en el alma; sin embargo, quisiera que probarais, que lo experimentarais algo, y veríais que estos

sufrimientos tienen también sus encantos.

El rostro de Pedro Thévenin se iluminó con un rayo de consuelo; sus duras facciones fueron endulzándose poco á poco, hasta adquirir una simpática melancolía; su mirada, algo dura de ordinario, cambió, ocultando ligeramente esta rudeza por la emoción que experimentaba, como si la cubriera con un velo.

—¿Y dónde está vuestra esposa?

—¡Oh! (dijo Thévenin.) Se murió. Hablemos de otro asunto; de nuestro proyecto, por ejemplo (añadió bruscamente, mirando á nuestro joven, que se había quedado atónito y sin saber lo que le pasaba). ¡Ah! Yo sé bien que ese asunto, el amor y la mujer, es el ideal de los corazones de veinte años. Vos soñáis aún en la mujer ideal y en el amor eterno....

—¡Ay! No (dijo Roberto); no tengo ni aun esa suerte; yo busco la compañera y la amiga.

—¡Ambicioso! (dijo con tristeza.) Y, después de todo, ¿por qué no lo habéis de esperar, y por qué no lo habéis de conseguir? Debéis jugar ese albur. Si nosotros hemos sido malos navegantes, ¿qué tenéis vos que ver en ello? La piedra filosofal está aún por descubrir. ¡En marcha, pues, argonauta, y mucho cuidado con los arrecifes! ¡Ah! Yo no soy escéptico por completo, porque, en el fondo, es preciso confesar que para la mujer el peligro es el hombre,

y que para el hombre el obstáculo es la mujer. Estos dos seres, que, amándose mutuamente, podían aspirar á la conquista de lo infinito, se despedazan y asesinan sin comprenderse. Os parezco muy exaltado, lo veo; y no dais quizá crédito á mi opinión. Me atribuis, sin duda, la culpa de mi desgracia, y me condenáis, como se condena á un desgraciado, muchas veces sin oírle.

—De ninguna manera (dijo Roberto). Sabéis muy bien que conozco ya la causa de vuestros pesares, y que, sabiéndola, no puedo culparos.

—No la conocéis del todo: quiero daros detalles.

—Hace seis años, tenía yo entonces treinta y tres, encontré en los salones de un viejo amigo de mi padre una joven sin fortuna, pero muy inteligente, muy espiritual y seductora. Hacía entonces con timidez su entrada en la sociedad, del brazo de un general retirado y anciano, conde del Imperio. Esta joven era la que luego debía ser mi esposa. Tomó confianza conmigo desde el primer día. La veía á menudo, y como la amé desde luego mucho, sufría esas alternativas de alegría, de esperanza, de desesperación algunas veces y de abatimiento otras, que nos hacen vivir en seis meses más que en diez años de una vida sin emociones ni amarguras. Cuando aquella niña llegó á

ser mi mujer, me pareció que llegaba al fin de la felicidad. ¡Ah! El despertar de tan hermosos ensueños fué lúgubre. Me había equivocado. Tomé el deber por el cariño, y el sacrificio por el amor, porque todas estas ilusiones no se fundaban más que en la seductora gracia de ella. Tras de aquella sonrisa divina no existía el amor. Bajo aquellos encantadores suspiros, dejados escapar de propósito y que me asesinaban, no se ocultaba otra cosa que un corazón vacío y una vana inteligencia. ¡Y cómo abusaba de mi debilidad! Es verdad que yo comprendía que mi carácter sombrío la alejaba poco á poco de mí, á quien ella creía sin duda haber podido amar. Probé entonces á desechar las preocupaciones que me hacían aparecer ante su vista, tan viva, encantadora é inclinada á todo lo que fuera alegría, como un severo pedagogo, paseando un niño en una pradera y prohibiéndole coger flores. Desgraciadamente era demasiado tarde; la ocasión había pasado. El tiempo había transcurrido para ella, como para mí. El despertar había llegado; y con el despertar, esa especie de odio que se tiene á la melancolía, á la tristeza y á la cólera. Sufría profundamente, viéndome rechazado por aquel corazón, al que adoraba aún, reprochándome amar tanto sin poder dominar tal pasión. Me consideraba rebajado ante

mis propios ojos. Aquella mujer podía haberme amoldado á todos sus caprichos y hecho girar como el viento hace girar á una veleta. Es verdad que este estado de locura duró poco; pero hubo momento en que fui su esclavo, en toda la extensión de la palabra. Afortunadamente, ella no comprendió el estado de mi alma. Me rehice, me hice superior al sufrimiento, y pronuncié con frialdad, con el alma más tranquila y el corazón muerto al parecer, esta terrible palabra, *separación*. Pareció aceptarla con alegría. De esta manera quedaba libre, y se fué, dejándome solo, como veis. Cuando no sentía ya á mi lado el ruido que hacía con sus vestidos de seda, al pasar por la puerta de mi gabinete de trabajo; cuando se llevó todo lo que tenía en nuestra casa, abandonándola, perdí el sentido, y creí no recobrarlo más. Parecía que una fuerza motriz trituraba mis entrañas, y que un león de Numidia despedazaba mi corazón. Su despedida fué algo así como una sonrisa burlona y sarcástica. ¡Ella sabía muy bien que, por mucha que fuera mi fuerza de voluntad, se había de llevar entre sus garras mis esperanzas é ilusiones, y dejar lacerado mi corazón! Ahora ha concluido todo: la llaga está cicatrizada. ¡Qué hermosa es la Providencia, madre cariñosa que cura las heridas que los hombres hacen en el corazón!

Con su ayuda he vuelto á ser el mismo que era. Es verdad que he perdido algo de mi fuerza y de mi primer ardor; pero mis creencias han quedado intactas. Renuncié á mi cargo de profesor, y me propuse no ser misántropo, pero á condición de que la soledad, el silencio y el olvido me ayudaran.

—Así sucedió,—añadió Thévenin con la sonrisa del mártir.

Roberto le miraba con ojos de compasión, y tan conmovido, que estuvo á punto de llorar.

—Mudemos de conversación (dijo el antiguo profesor); os he indicado algo sobre un proyecto que podéis ayudarme á llevar á cabo; aquí está el proyecto. Cuando uno se ocupa de esas grandes cuestiones, tan debatidas, del porvenir y de la dicha del pueblo, es preciso confesar con tristeza que el pueblo está poco instruido y que el problema de la educación es el primero que se debe resolver. La multiplicación de las escuelas es uno de los medios mejores para asegurar el porvenir de la sociedad. Nos es imposible fundar escuelas; pero podemos trabajar desde nuestro rincón para educar y moralizar á los indigentes.

—Es verdad, y tenéis desde luego mi aprobación,—dijo Roberto.

—Un medio seguro de instruir y de mora-

lizar, es la creación de una biblioteca de la familia, que sea útil para las gentes de las aldeas y los grandes centros de obreros. Yo creo menos útil la Biblioteca Nacional que la de mi proyecto, que debe formarse de una serie de obras especiales escritas para el pueblo.

—En efecto: ese género de trabajos son esencialmente necesarios.

—¡Ya lo creo! (dijo Thévenin.) Examiné un día un gran paquete de un vendedor ambulante, para cerciorarme de la clase de libros que ponían en manos de los obreros y de los aldeanos. Eran un montón de libros puerilmente devotos, novelas de pacotilla; las lucubraciones desechadas de Ducray-Duminil y los recitos mal hechos de la Resurrección. *Las aventuras de Victor*, *El niño de la foresta* y *Las vicisitudes de una hostia á través del mundo*. Yo no rechazo ni las obras de religión, ni las obras recreativas, y creo que cualquiera que sea el olor de santidad que se dé á la *Imitación*, es preciso leer estos sublimes sueños de un alma elevada. En cuanto á la novela, mitiga las penas y aparece como la sonrisa de un amigo que hace á uno olvidar todos sus sufrimientos. Pero la biblioteca de los ciudadanos debe contener además otros libros: un tratado de moral, por ejemplo, un libro de historia, un resumen del estado de las cien-

cias, algunos trozos escogidos de literatura, la biografía de los grandes hombres, el manual de los derechos y de los deberes políticos, deben figurar en primera línea en esta biblioteca, que instruiría y fortificaría las almas. El gran obstáculo que hay para llevar á cabo este proyecto, ya sé yo cuál es; el dinero. ¡Todo se conjura contra el pobre! Una obra destinada al mejoramiento y la instrucción del pueblo, encuadrada lujosamente, me hace el efecto de un hombre que para hablar á la multitud se subiera á lo más alto de la torre de *Nuestra Señora*.

Algo de sacrificio por parte de los autores y de los editores, permitiría poner una biblioteca al alcance de las gentes poco acomodadas. ¿Queréis ayudarme al cumplimiento de esta buena obra?

—Estoy completamente á vuestra disposición. ¡El pensamiento es admirable! ¡Trabajemos!

—Pongo una condición (dijo Thévenin), y es la de que vos firmaréis los trabajos.

—¡Yo!

—Dejad mi nombre en el olvido; ¿quién se acuerda de Pedro Thévenin? No deseo más que ser útil, y haré cuanto me sea posible por serlo. En cuanto al punto de la refutación, discusión y ataque, soy algo egoísta; no quiero

tomarme esas molestias, y las dejo exclusivamente á vuestro cargo.

—¿Y desde cuándo el discípulo dará su nombre á los trabajos del profesor?

—Desde que el profesor jure guardar el secreto de no participárselo á nadie. ¿Creéis que mi historia no es bien conocida? La desgracia tiene también su pundonor.

—Pues bien; no firmaremos nuestros libros,—dijo Roberto.

—Esas obras de combate necesitan un nombre; sed, pues, el porta-bandera.

—Puesto que así lo queréis, sea,—dijo Roberto, á quien no desagradaba la perspectiva de una lucha.

—Os lo ruego.

—Ordenádmelo. ¡Ah! ¡Estoy ebrio! ¡Soy dichoso! Lo que faltaba á mi vida era un objeto. Me lo señaláis con el dedo, y me guiáis por el camino que conduce á él. Seré, pues, vuestro soldado.

—¡Ah! ¡Bien, bien! (dijo Thévenin, casi enajenado de alegría.) En marcha. Esta tarde buscaré entre mis papeles el primer libro que habrá de publicarse. *Un resumen filosófico*. El resumirlo será nuestra fuerza. El arma cruel será la concisión.

Roberto Burat bajó las escaleras de casa de Thévenin con la cabeza llena de abrasadoras

ideas; le parecía que acababan de arrancarle el velo que cubría sus ojos. Veía claro un porvenir de trabajo, y se sentía lleno de ardor para cooperar á él. ¡Á su edad una obra de desenvolvimiento! La sola idea de que su nombre figurase en esta obra, que había jurado sostener y defender, le hacía sonreír y le embriagaba. Y era que á la satisfacción que sentía al tocar una cosa tan útil y tan bella, se unía otra idea, fácil de concebir á los veinticinco años.

—*Ella* leerá todo esto; confiará más en mí, y quizá llegue á amarme!...

IV.

Roberto había jurado no salir de casa, y tratar de olvidar aquel amor que comenzaba á inquietarle. Pero, ¿de qué sirve la incomunicación cuando la fiebre del recuerdo se apodera de uno? Y, además, aquella prisión voluntaria era imposible. La obra que iba á emprender, bajo la dirección de Thévenin, exigía salidas cotidianas y trabajos al exterior; necesitaba ir á la Biblioteca para examinar ciertos manuscritos. Muchas veces, en estas salidas, sin darse cuenta de ello, se encontra-

ba á la puerta de la casa de la señora de Gèvres. No subía; pero miraba á la escalera, á la ventana, en la que quizá la casualidad le permitiera verla. La idea de aquella mujer le absorbía más de lo que él se imaginaba. Se figuraba que no la había visto hacía un siglo, cuando recibió una invitación, como la anterior, firmada René; aquel nombre tantas veces repetido por él. Su alegría fué inmensa, á pesar de sus propósitos de encerrarse para no volverla á ver. Llegó el primero á la reunión, y se embriagó una vez más con aquellos cabellos rubios, aquellos ojos azules y aquella dulzura angelical. La señora de Gèvres estaba con su habitual *toilette*. Nuestro joven hubiera sentido verla con diferente traje. Siempre se siente placer en volver á ver los objetos amados tal y como le han impresionado á uno la primera vez. Habló con él largamente, siempre seductora, con frases halagüeñas, aunque con un tanto de malicia, mezclada de incredulidad y sencillez, interesando á su interlocutor, que tomaba aquellas frases como una negación ó como un descubrimiento. Roberto observó que jugaba las manos de una manera admirable, lo cual, unido á la blancura de éstas y á la gracia especial con que manejaba su abanico azul, le hacía enloquecer. El par de Francia no estaba aquella noche, y la *soirée* tenía algo de más